

JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Cuadernillos para la reflexión



Papa Juan Pablo II

LA MISERICORDIA EN EL PAPA JUAN PABLO II

Parroquia Nuestra Señora de Loreto
Comunidad San Agustín de Canning

Presentamos en este fascículo un resumen de la Encíclica *Dives in Misericordia* (1980), del papa Juan Pablo II:¹

Cuando el apóstol Felipe le dijo a Cristo: *Señor, muéstranos al Padre y nos basta*, Jesús le respondió: *¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre.*² A estas palabras durante la Última Cena siguieron la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, donde debía corroborarse una vez y para siempre que *Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo.*³ A Dios, que *habita una luz inaccesible,*⁴ y a quien *nadie ha visto*, como escribe San Juan, *precisamente el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer.*⁵ Las perfecciones de Dios se hacen visibles en Cristo y por Cristo, a través de sus acciones y palabras y, finalmente, mediante su muerte en la cruz y su resurrección. Cristo mismo es, en cierto sentido, la misericordia.

La Iglesia, siguiendo a Cristo, trata de unir la vocación por el hombre con la vocación por Dios de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio.

Como cristianos, estamos llamados tanto a meditar el misterio de Dios, Padre de la misericordia, como a recurrir a su misericordia por Cristo, y vivirla de cara al hombre y al mundo contemporáneo, que tanta necesidad tienen de ella, aunque con frecuencia no lo saben.

La misericordia en el Antiguo Testamento

Israel, pueblo de Dios de la Antigua Alianza, tenía una experiencia particularmente intensa de la misericordia de Dios. En tiempos del éxodo, el Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlo.⁶ Y cada vez que Israel rompía su alianza con Dios, lo cual sucedió muchas veces, y adquiriría conciencia de su infidelidad gracias a los profetas, apelaba a la misericordia de Dios. El Señor, que ama a Israel con el amor de una peculiar elección, semejante al amor de un esposo,⁷ perdonó cada una de sus culpas y traiciones.

En Israel, Dios le dice a toda la familia humana: *Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor.*⁸ *Aunque se retiren los montes..., no se apartará de ti mi amor, ni mi alianza de paz vacilará.*⁹ Así es como Cristo revela al Padre sobre un terreno preparado durante siglos, como lo demuestra el Antiguo Testamento. Por eso, en la Última Cena, dijo al apóstol Felipe: *¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.*¹⁰

La misericordia en la predicación de Cristo

Cuando Cristo comenzó a obrar y enseñar, proclamó: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos,*

¹ Puede encontrarse el texto completo de la encíclica en www.vatican.va

² Jn 14, 8-9.

³ Ef 2, 4-5.

⁴ 1 Tim 6, 16.

⁵ Jn 1, 18.

⁶ Cfr. Ex 3, 7-9.

⁷ Cfr. p. ej. Os 2, 21-25 y 15; Is 54, 6-8.

⁸ Jer 31, 3.

⁹ Is 54, 10.

¹⁰ Jn 14, 9.

*para anunciar un año de gracia del Señor.*¹¹ Ayer y hoy, Cristo nos demuestra, con su estilo de vida y con sus acciones, cómo en nuestro mundo está presente Dios que es amor operante, que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad, y se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza, la limitación y la fragilidad del hombre, física y moral.

Además de encarnarla, Jesús predica la misericordia. En cada parábola, nos pone de manifiesto el amor-misericordia bajo un aspecto nuevo. Al mismo tiempo, Jesús exige a los hombres que se dejen guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia es central en el mensaje de Jesús y en el Evangelio. El Maestro lo expresa a través del mandamiento definido por él como *el más grande*,¹² o, en forma de bendición, cuando en el discurso de la montaña proclama: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

La Misericordia en el Misterio Pascual: Cruz y resurrección

La actividad de Cristo entre los hombres termina con la cruz y la resurrección, en donde se expresa profundamente la verdad de la misericordia. La redención nos revela dos maravillas: por un lado, la dignidad inaudita del hombre, que mereció tener tan gran Redentor;¹³ por otro lado, el insondable amor de Dios, que, para garantizar al hombre la gracia y la gloria conforme creado a su imagen, no duda en el sacrificio espantoso del Hijo.

En su Pasión, Cristo, que *pasó haciendo el bien y sanando*,¹⁴ *curando toda clase de dolencias y enfermedades*,¹⁵ es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas, clavado en la cruz y muerto entre terribles tormentos.¹⁶ Entonces, cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, no la recibe. Sufriendo real y terriblemente en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige a su Padre amoroso, y el Padre no le ahorra tormento alguno hasta la muerte en cruz: *a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros.*¹⁷ Así se expresa la justicia absoluta: por amor al hombre, Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad, y nos alcanza la salvación.

En la cruz de Cristo vemos la gran fuerza del mal, que da muerte al Hijo de Dios sin pecado, para satisfacer la justicia divina.¹⁸ Pero el amor da muerte a la misma muerte¹⁹ y, separándola del pecado, la hace puerta de la Vida eterna. En Cristo resucitado sigue estando presente la cruz, como signo de la vida que nos dio el Padre fiel, y como de que la misericordia de Dios es más fuerte que todos los males que penetran la historia, que asedian el corazón del hombre y buscan hacerle perecer *en la gehena*.²⁰

La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre. Gracias a la cruz, en la renovación definitiva del mundo al final del tiempo, el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad

¹¹ Lc 4, 18-19.

¹² Mt 22, 38.

¹³ Cfr. Liturgia de la Vigilia pascual: *Exsultet*.

¹⁴ Hech 10, 38.

¹⁵ Mt 9, 35.

¹⁶ Cfr. Mc 15, 37; Jn 19, 30.

¹⁷ 2 Cor 5, 21.

¹⁸ 2 Cor 5, 21.

¹⁹ Cfr. 1 Cor 15, 54-55.

²⁰ Mt 10, 28.

gloriosa. El hecho de que Cristo *ha resucitado al tercer día*²¹ es el signo que preanuncia *un cielo nuevo y una tierra nueva*,²² cuando Dios *enjuagará las lágrimas de nuestros ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado*.²³

Mientras tanto, en la historia del hombre, urge la misericordia, con centro en la cruz, desde donde Cristo nos llama para ser corredentores con él: *Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo*.²⁴ Cristo que sufre nos habla con elocuencia de la solidaridad con la suerte humana, como también la armoniosa plenitud de una dedicación desinteresada a la causa del hombre, a la verdad y al amor.

María, Madre de Misericordia

María, durante la visita a Isabel, mujer de Zacarías, exclama: *Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*.²⁵ Después de la resurrección de Cristo, se van sucediendo generaciones de hombres dentro de la inmensa familia humana, y se van sucediendo nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección.

María es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Al pie de la cruz de su Hijo, ella experimenta y acoge en su corazón el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la justicia divina con el amor,²⁶ y así conoce el precio altísimo de la misericordia. En este sentido la llamamos Madre de la Misericordia: Ella preparó especialmente su alma y su personalidad para ver la misericordia en su tiempo y en su Hijo, y después en todo hombre y en toda la humanidad. Por esa participación escondida e incomparable en la misión mesiánica de su Hijo, María ha sido llamada singularmente a acercar los hombres —especialmente a los sufrientes y oprimidos— al amor que Él ha venido a revelar.

Esta maternidad de María en la economía de la gracia —expresa el Concilio Vaticano II— *perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida a los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada*.²⁷

Nuestra generación

Vivimos en una generación que se siente privilegiada, porque el progreso le ofrece posibilidades hasta hace poco insospechadas. La actividad creadora del hombre, su inteligencia y su trabajo, han provocado cambios profundos en la ciencia, en la técnica y en la vida social y cultural. El hombre ha vencido obstáculos y distancias que separan personas y naciones, para entrar en contacto con sus hermanos más allá de toda división artificial.

Sin embargo, en todo esto existen al mismo tiempo dificultades. *Los desequilibrios que sufre el mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. [...] A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples*

²¹ 1 Cor 15, 4.

²² Ap 21, 1.

²³ Ap 21, 4.

²⁴ Ap 3, 20.

²⁵ Lc 1, 50.

²⁶ Cfr. Sal 85 (84), 11.

²⁷ Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, núm. 62: A.A.S. 57 (1965), p. 63.

*limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solicitudes tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad.*²⁸

Aumenta en nuestro mundo la sensación de amenaza a la autodestrucción parcial de la humanidad por conflictos armados, o por el atropello “pacífico” de cada hombre por su prójimo. Existe también un mecanismo económico defectuoso que realimenta un gigantesco remordimiento entre sociedades acomodadas y saciadas, e individuos y grupos sociales que sufren y mueren de hambre.

Esta imagen del mundo de hoy, donde existe tanto mal físico y moral, provoca en lo más profundo del ánimo humano una inquietud que supera todos los medios provisionales, y vuelve al hombre sobre el sentido mismo de su existencia en el mundo, reclamándole resoluciones decisivas.

No es difícil constatar que el sentido de la justicia se ha despertado a gran escala en el mundo contemporáneo. La Iglesia comparte este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos, como lo demuestra la doctrina social católica ampliamente desarrollada en el último siglo. No obstante, no raras veces los programas que parten de la idea de justicia, en la práctica sufren deformaciones, motivadas por el rencor, el odio, la crueldad, fuerzas negativas que toman la delantera a la justicia y, en su nombre, buscan aniquilar al prójimo, limitar su libertad y someterlo. Esto exige una respuesta desde las fuerzas del espíritu, más profundas, que condicionan el orden mismo de la justicia.

La Iglesia se preocupa también por el ocaso en la actualidad de tantos valores fundamentales de la moral, como el respeto a la vida humana desde la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, y el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral, y la pérdida del sentido de lo sagrado, deshumanizan, y a ellos van unidas toda clase de crisis en las relaciones interhumanas.

La misión de la Iglesia

La Iglesia, en estos tiempos de profunda inquietud, debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, según nos ha sido transmitida por la revelación. La Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios valiosos de ese encuentro existencial, íntimo, profundo y habitual, con el Dios vivo. Como acontece en la parábola del hijo pródigo, vemos al Padre y su misericordia en singulares momentos de sencillez y sinceridad interior. La Iglesia, contemplando constantemente el corazón de Cristo, se mantiene viva por la misericordia de Dios.

Pero la Iglesia vive una vida auténtica, cuando, además de profesar y proclamar la misericordia, acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el sacramento de la reconciliación. *Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz*, anunciamos la muerte del Redentor y proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria.²⁹ Así es como Cristo quiso unirse e identificarse con nosotros, saliendo

²⁸ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, núm. 10: A.A.S. 58 (1966), p. 1032.

²⁹ Cfr. 1 Cor 11, 26; aclamación en el Misal Romano.

al encuentro de todos los corazones humanos. En la reconciliación, cada hombre puede experimentar la misericordia que lo limpia del pecado.

La misericordia divina es ella misma un misterio infinito. Es infinita la prontitud del Padre en acoger a los hijos que vuelven a casa. Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio del Hijo. No hay pecado humano que supere esta fuerza y ni siquiera que la limite. El hombre sí puede limitarla por la falta de buena voluntad, resistencia a la gracia y a la verdad, especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

La Iglesia entonces profesa y proclama la conversión. El auténtico conocimiento de Dios misericordioso es una continua fuente de conversión, de modo que quienes lo *ven* así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él, y con esto, siendo cada día mejores testigos de su amor.

*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*³⁰ El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo. Este proceso constituye un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana, que consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del amor en cuanto fuerza creadora, unificante y a la vez elevante.

Misericordia y justicia

La misericordia manifiesta la primacía del amor respecto de la justicia, hasta tal punto que el término mismo de justicia terminó por significar redención y salvación.³¹ La misericordia difiere de la justicia pero no está en contraste con ella, porque Dios creador se ha vinculado con especial amor a su criatura, amor que excluye el odio y el deseo de mal: *nada aborreces de lo que has hecho.*³²

Normalmente vemos la misericordia como un acto unilateral que implica una distancia entre el “misericordioso” y el “gratificado”. Pero la misericordia, en las relaciones entre los hombres, no es nunca unilateral: En Cristo, debemos purificarnos continuamente, y convencemos de que experimentamos misericordia mismo por parte de quienes la aceptan de nosotros. Sin esta reciprocidad, entonces nuestra conversión no es completa, nuestra misericordia no es auténtica, y no participamos completamente en la magnífica fuente del amor misericordioso que nos ha sido revelada por Cristo.

Mientras que la justicia sirve de “árbitro” en la repartición de bienes objetivos entre los hombres, sólo el amor es capaz de congrega a los hombres en ese valor que es el hombre mismo, con la dignidad que le es propia. Por eso, la misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, la más perfecta encarnación de la “igualdad” y la justicia entre los hombres. Al mismo tiempo, la “igualdad” de los hombres mediante el amor *paciente y benigno*³³ no borra las diferencias: el que da se hace más generoso, cuando se siente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre sí de manera más profunda.

Por eso, es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la justicia, porque a esta le falta la cordial ternura y

³⁰ Mt 5, 7.

³¹ Sal 40, 11; 98, 2; Is 45, 21; 51, 5. 8; 56, 1.

³² Sab 11, 24.

³³ Cfr. 1Cor 13, 4.

sensibilidad propias del amor misericordioso. Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral.

De este modo, el mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el amor misericordioso que constituye el mensaje mesiánico del evangelio.

Misericordia y perdón

El mundo de los hombres puede ser cada vez más humano si, en todas las relaciones recíprocas, practicamos el perdón, que atestigua ese amor más fuerte que el pecado. Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos: *perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, por quienes son culpables de algo respecto de nosotros!³⁴ Es muy profundo el valor de estas palabras. La conciencia de ser deudores unos de otros va pareja con la llamada a la solidaridad fraterna que san Pablo ha expresado en la invitación a *soportarnos mutuamente con amor*,³⁵ ¡Qué lección de humildad respecto del hombre, del prójimo y de sí mismo a la vez! ¡Qué escuela de buena voluntad para la convivencia de cada día, en las diversas condiciones de nuestra existencia! Si desatendiéramos esta lección, ¿qué quedaría de cualquier programa “humanístico” de la vida y de la educación?

Cristo, cuando indica a Pedro la cifra simbólica de *setenta veces siete* en referencia a la cantidad de veces que debía perdonar al prójimo,³⁶ nos exhorta a perdonar a todos y siempre. Aunque el perdón no significa indulgencia para con el mal, el escándalo, la injuria o el ultraje. En todo caso, la reparación del mal, del escándalo, el resarcimiento por la injuria o el ultraje son condición del perdón.

Aquél que perdona y aquél que es perdonado se encuentran, en un punto esencial que es la dignidad, cuya afirmación y reencuentro son fuente de la más grande alegría.³⁷

La Iglesia considera justamente como propio deber, custodiar la autenticidad del perdón, custodiando su misma fuente, que es el misterio de la misericordia de Dios revelado en Jesucristo.

Suplicamos la misericordia de Dios

En el cimiento de la misión de la Iglesia está la ferviente oración en Jesucristo, que es un grito a la misericordia de Dios ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de ser también madre de los hombres en Dios, expresa en la plegaria su materna solicitud y al mismo tiempo su amor confiado por sus hijos.

Elevando nuestras súplicas, guiados por la fe, la esperanza y la caridad que Cristo ha injertado en nuestros corazones, amamos a Dios, cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*.³⁸ Esto es al mismo tiempo amor a los hombres sin excepción, sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre

³⁴ Mt 6, 12.

³⁵ Ef 4, 2; cfr. Gal 6, 2.

³⁶ Mt 18, 22.

³⁷ Cfr. Lc 15, 32.

³⁸ Lc 23, 34.

amigos y enemigos. Es desear todo bien verdadero a cada hombre y a toda la comunidad humana, a toda familia, nación, grupo social; a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos: es amor a todos, sin excepción. Amando con esta solicitud apremiante alejamos y conjuramos el mal.

En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado, elevemos nuestra voz y supliquemos que en esta etapa de la historia se revele una vez más aquel Amor que está en el Padre y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal: más fuerte que el pecado y la muerte. Supliquemos por intercesión de Aquella que no cesa de proclamar *la misericordia de generación en generación*, y también de aquellos en quienes se han cumplido hasta el final las palabras del sermón de la montaña: *Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.*³⁹

¡Qué hermosa es la misericordia en el momento de la
aflicción, como las nubes de lluvia en tiempo de sequía!

Eclesiástico 35, 24



³⁹ Mt 5, 7.

Jubileo Extraordinario de la Misericordia

8 de diciembre de 2015 – 20 de noviembre de 2016

